

LAS 2 MEDIDAS

Sigue de la primera plana

sólo una de las caras de la moneda mexicana, aquella que concuerda con los intereses económicos europeos y que, a la vez, les evita tener que enfrentar situaciones políticas y morales incómodas.

Antes de continuar, conviene dejar claro que en los medios de comunicación y en los centros académicos de la Comunidad Europea, los temas relacionados con América Latina en general y con México en particular, son de importancia muy secundaria. La Europa industrial y próspera, está enteramente volcada en su difícil pero apasionante proceso de unificación. Ahora bien, en las contadas ocasiones en que los políticos, periodistas, académicos o empresarios europeos voltean la vista hacia México sólo desean ver justamente aquello que el gobierno y la élite económica e intelectual de México quiere que se vea: el neoliberalismo triunfante.

De buena y mala fe, quienes forman e informan a la opinión pública de la CE en relación a nuestro país, manejan con maestría y sin pudor el doble estándar. Situaciones que simplemente se considerarían intolerables si ocurrieran en la Europa occidental, y que son objeto de fuertes críticas cuando tienen lugar en países del antiguo bloque socialista o en otros del vasto mundo periférico o subdesarrollado, son vistas con cierta tolerancia o simplemente ignoradas si ocurren en México. Así, para las cancillerías, los círculos financieros, los académicos y los medios masivos de información europeos, la nota dominante de la realidad mexicana es la rápida y casi incondicional apertura de la economía al exterior y a las fuerzas privatizadoras, combinada con la notable ausencia de protestas significativas por el alto costo social que tal cambio —en muchos sentidos necesario— ha implicado. Así pues, México es, a ojos de los europeos occidentales, un modelo que el resto del mundo subdesarrollado —incluida la Europa oriental— debiera de seguir.

En contraste los mecanismos autoritarios para llevar a cabo partes sustantivas de la revolución neo-

liberal mexicana y sus obvios y altos costos sociales, se ignoran o se minimizan. Tal es el caso de situaciones como la persistencia, tras 63 años ininterrumpidos en el poder, de un partido de Estado, la frecuente imposibilidad de llevar a cabo elecciones creíbles cuando el PRI enfrenta oposiciones serias, o el hecho brutal de que —según la última encuesta publicada por el INEGI— a 30% de los hogares más pobres de México les toca sobrevivir con apenas 8% del ingreso familiar total, en tanto que a 10% de las familias más ricas del México neoliberal alcanza 38% de ese ingreso, lo que les permite vivir mejor que muchos europeos pese a estar rodeados de un mar de miseria donde el Pronasol navega repartiendo lo mínimo indispensable para evitar estallidos de desesperación.

La indignación moral de quienes conforman la opinión de la Europa industrializada en relación a América Latina, se reserva hoy por hoy para aquellos gobiernos que aún rechazan al neoliberalismo —Cuba— o que no han sabido ponerlo en marcha con la firmeza y éxito con que lo ha hecho el de México, como Nicaragua o Perú, o incluso la Venezuela de Carlos Andrés Pérez y el Brasil de Collor de Mello, para mencionar ejemplos conspicuos.

En las contadas ocasiones en que la prensa, la televisión o los académicos europeos —excepciones que confirman la regla— apuntan hacia algunas de las graves deficiencias de la supuesta democracia mexicana, generalmente atenúan el juicio negativo con una hipótesis optimista: aquella que asume que con el correr del tiempo, de manera prácticamente inevitable, el neoliberalismo hará imposible que continúen el fraude electoral la excesiva desigualdad en la distribución del ingreso, la corrupción e irresponsabilidad administrativa (la tragedia de Guadalupe fue muy reportada), etcétera. De esta manera resulta que el determinismo económico que tanto se le criticó a las corrientes marxistas, es válido si se trata del neoliberalismo, pues permite al analista europeo (así como

norteamericano y mexicano) tener la conciencia tranquila sin condenar al autoritarismo en México al dejar en manos del tiempo la "inevitable" modernización política, social y cultural de ese país.

La doble vara de medir que Europa y el mundo industrializado en general, usan para justificar su apoyo acrítico del proceso de desarrollo mexicano, se explica, al menos por dos razones: una inmediata y coyuntural y otra histórica, tan profunda como desagradable. Veamos la primera.

El innegable y notable éxito del programa neoliberal mexicano —y del que directa e indirectamente se benefician los intereses económicos europeos que tienen ligas con México— está basado tanto en el apoyo que le ha dado la comunidad financiera internacional como en la gran capacidad de la presidencia para imponer por sí y ante sí la "revolución desde arriba", usando a fondo sus poderes constitucionales, metaconstitucionales e, incluso, algunos francamente anticonstitucionales. Para los euro-

Visión Externa del Neoliberalismo Mexicano

Las 2 Medidas del Primer Mundo

- ★ En la CE la Imagen Nacional Sólo Muestra una Cara
- ★ Para Europa, AL Tiene una Importancia Secundaria
- ★ Rápida y Casi Incondicional la Apertura Económica

LORENZO MEYER

Es un hecho evidente que el actual gobierno mexicano tiene muy buena imagen en el exterior, y ello no se debe a que compre el favor de la prensa extranjera, aunque tal posibilidad no debe descartarse totalmente en ciertos casos. Tan buena es esa imagen, que para encontrar una situación equivalente sería necesario remontarse a principios del siglo (momento cumbre de la dictadura de Porfirio Díaz) o a la Segunda Guerra Mundial y primeros años de posguerra, cuando México fue aliado formal de las potencias victoriosas y dio un gran viraje hacia la derecha en su política interna, hecho que fue muy aplaudido por Estados Unidos y el resto de los países industriales de Occidente.

La imagen dominante de México y su gobierno en la Comunidad Europea (CE) —que es el caso al que me voy a referir por haberlo vivido de cerca en el último año— es el resultado de la voluntad de quienes moldean la opinión pública en esos países para destacar

SIGUE EN LA PAGINA ONCE

DEL PRIMER MUNDO

peos deslegitimar las prácticas políticas mexicanas equivaldría a crear obstáculos a un proyecto económico que los gobiernos y grupos económicos fuertes de la CE desean que tenga éxito. Así pues, hace tiempo que el grueso de aquellos que en Europa toman las decisiones de política exterior llegaron a la conclusión de que, en el caso mexicano el fin justifica los medios. Se trata de una fórmula que tenía carta de naturalización en Europa mucho antes de que la consagrara Maquiavelo.

La segunda razón, la his-

tórica, es más compleja y aquí sólo se puede esbozar. Examinando lo dicho y hecho por los imperios europeos en América Latina hasta fechas relativamente recientes, se puede comprobar que la política de esos gobiernos hacia nuestra región está basada en la idea de que las formas más avanzadas de organización política —en la actualidad la democracia liberal— difícilmente pueden florecer en el suelo racial, cultural y económico de países como México, donde lo más adecuado son fórmulas donde un gobierno ilustrado —los

archivos diplomáticos europeos repiten esta idea de mil maneras distintas— imponga desde arriba las soluciones idóneas a una sociedad cuya cultura cívica es primitiva. Desde esta perspectiva —arraigada en la rica experiencia imperial europea— resulta que si se dejara a la sociedad mexicana a sus propios recursos y preferencias, ésta nunca habría encontrado el buen camino; es decir, no habría tenido la voluntad y sabiduría para superar, por la vía del neoliberalismo, el populismo anacrónico y habría mantenido su gusto

por el Estado benefactor, gusto adquirido tras medio siglo por los gobiernos cardenista y posrevolucionarios. Los famosos 500 años transcurridos desde el "primer encuentro" entre América y Europa han dejado como herencia la costumbre, quizá ahora inconsciente, de usar varas de medir distintas al este o al oeste del mar Atlántico.

Posdata: con estas líneas el autor de la columna se reintegra, tras poco más de un año de ausencia, al debate que sobre los asuntos públicos tiene lugar en la prensa de nuestro país.